

El Año 2000. El mito del fin del Mundo¹

Juan Vives R.

RESUMEN

Partiendo de una idea del fin del mundo, cada vez más generalizada, el autor retoma del Libro del Apocalipsis de San Juan, en el Nuevo Testamento, las profecías que ahí se presentan y nos da una interpretación psicoanalítica de esta noción de finitud y del advenimiento de una nueva era.

Dentro de pocos años terminará este milenio y, tal como sucedió con el advenimiento del año 1000, la humanidad vuelve a experimentar una serie de temores en relación a la posibilidad de que la finalización del milenio coincida o anuncie la terminación del mundo.

Por alguna razón no muy clara, llegar al final de un milenio, como ocurre también con la terminación de un siglo (aunque en este último caso las fantasías aparecen en menor grado), promueve el surgimiento de ansiedades que rápidamente se empalman con —o se apoyan en— mitos específicos.

Al parecer el temor (y los mitos que de él derivan) tiene que ver con el hecho de que la finalización de un milenio simboliza, en cierto sentido, el fin

¹ Trabajo leído durante el II Simposium Internacional sobre Mitos y XXX Congreso Nacional de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, Oaxaca, Oax. (México), el 15 de febrero de 1992.

de un tiempo cósmico y toda terminación implica, en forma más o menos directa, a la muerte.

Por otra parte, llegar al año 1000 ó 2000 tiene cierta magia que se desprende del hecho de que se trata de cifras a las que les damos un cierto "sentido": me refiero a lo que conocemos como "números redondos", cifras con las que termina una serie para iniciarse otra semejante y, por lo tanto, favorables para ser depositarios del misterio de un "final", de que algo termina para siempre. De ahí la creación del mito universal de los mundos cíclicos y del eterno retorno, con el fin de reducir la angustia ante la muerte.

A su vez, la fantasía del fin del mundo promueve, como ninguna otra circunstancia, la emergencia de defensas yóicas motivadas por la sensación de indefensión e inseguridad, que se manifiestan a través de un recrudescimiento de la fe religiosa, un retorno al pensamiento de tipo mágico y, en general, por cierta tendencia al misticismo. Sabemos que en circunstancias en las que la gente siente amenazada su existencia es cuando más se aferra a sus creencias religiosas de siempre o cuando las adopta "por si acaso". El viejo refrán que nos advierte que "en las trincheras no hay ateos" está basado en este "misticismo defensivo" ante el peligro de morir.

Junto con la sensación de indefensión originaria, la finalización de un milenio promueve también la aparición de fantasías en las que se expresa el deseo de la llegada de un Salvador o Mesías, de un líder político mundial, etcétera, que pueda rescatar y salvar a la humanidad sufriente.

La cercanía del año 2000 y el temor ante la culminación de un ciclo provoca que reverdezcan ciertas fantasías en relación a la posibilidad de una guerra nuclear que termine con el género humano, o de morir víctimas de la contaminación, del nuevo "azote de Dios" llamado SIDA, de que vuelvan a emerger viejas plagas de la humanidad como el cólera, la peste o algún tipo devastador de pandemia.

Son incontables los profetas, magos y quirománticos de todo tipo—incluso algunas religiones—que han vaticinado la coincidencia de la terminación del milenio con la extinción del hombre. Entre ellos no podía faltar el gran Nostradamus quien predijo el fin del mundo o al menos la terminación de un ciclo de nuestro planeta para el año 1999.

Uno de los mitos más famosos que existen en relación con el tema de la terminación del mundo es, desde luego, el *Apocalipsis* de San Juan, esca-

friante escrito lleno de fatídicas premoniciones y de símbolos esotéricos, con el que por cierto, termina esa colección de libros que es La Biblia.

El Apocalipsis es el prototipo de todos los demás mitos que, desde entonces, conocemos como apocalípticos o del fin del mundo. Son mitos que se refieren a un final, desastroso las más de las veces, siniestro, plagado de males, hecatombes, eclipses, terremotos e incendios, en el que desaparece el hombre de la faz de la tierra o se destruye el planeta mismo.

Desde luego que el Apocalipsis no es el primer mito del fin del mundo, ya que éste es anterior a La Biblia misma. Incluso el otro gran prototipo mítico de esta fantasía de fin del mundo el llamado Diluvio universal no es, por cierto, un escrito bíblico original, pues existen claras evidencias de que sus antecedentes históricos están relatados con toda fidelidad en texto sumerios, en los que se da cuenta de una gran inundación acaecida en los albores de la historia, cuyo rastro arqueológico ha sido puesto en evidencia hace algunos años (Woolley, 1929).

Hay que destacar que ya desde esta primerísima versión del fin del mundo, si bien las aguas mataron a todas las criaturas, en La Biblia se refiere a este hecho como una gestación simbólica de Dios quien, de esta manera, posibilita que sobreviva una pareja de cada especie. Todas estas parejas, cuya misión será la de poblar al mundo de nueva cuenta, emergen simbólicamente de las aguas del Diluvio, es decir, nacen de nuevo. De esta forma, vemos como el mito del Diluvio tiene que ver con la muerte, pero también con el renacimiento.

En el Apocalipsis ocurre algo semejante ya que ni en los mitos puede el hombre imaginar su propia muerte. Cualquier intento mítico de dar cuerpo a la fantasía de una no-existencia, culmina en el epílogo de algún tipo de resurrección.

En La Biblia están relatados otros episodios en los que se hace referencia al mito del fin del mundo. Sin embargo, ninguno de ellos es tan impactante ni tiene la importancia que se le ha dado a el Apocalipsis de San Juan, debido a su contenido simbólico y esotérico (Llarc, 1991), y por estar referido al futuro y no al pasado como los otros relatos bíblicos en donde se relata la historia de un suceso ya acaecido y superado.

Cuenta la leyenda (y confirman antiguos escritores como Clemente de Alejandría, Orígenes, Ireneo, Eusebio y otros) que San Juan Apóstol escribió

dicho texto mientras se hallaba desterrado en Patmos, isla que era a finales del siglo I un floreciente baluarte de Mileto, a cuyas autoridades se ofrecía como lugar para el destierro de los delincuentes (Papadopoulos, 1988).

Una tradición muy antigua asegura que el texto sobre el fin del mundo que escribió el más joven de los apóstoles fue redactado en una cueva de la isla, lugar que se encuentra ahora incorporado a la parte más oriental del Monasterio del Apocalipsis. En ese lugar, el apóstol escuchó:

[...] detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: Yo soy el Alpha y Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves y envíalo a las siete iglesias que están en Asia (Apocalipsis, 1: 10-11).

San Juan, el más joven de los doce apóstoles, era hijo de Zebedeo y Salomé, y hermano de Santiago el mayor. Ambos hermanos fueron discípulos de San Juan Bautista y de Jesús. Después de la crucifixión de este último, San Juan Teólogo huyó junto con Pedro. Sabemos que tomó parte en el Sínodo de los Apóstoles que tuvo lugar en el año 48 D.C., y que posteriormente, luego de la caída de Jerusalem y de la muerte de Pablo en 70 D.C., se refugió en Efesos. Allí fue perseguido por autoridades romanas apresado y condenado a morir en un caldero de aceite hirviendo sentencia permutada por la de destierro de la isla de Patmos (Davaris, 1989).

El nombre del texto escrito por San Juan, Apocalipsis, significa “revelación”, aunque el sentido etimológico alude más exactamente a la “manifestación de lo que estaba oculto”. Por ello, desde su acepción etimológica se ha querido entender este libro como la revelación de la palabra de Dios, que contiene un mensaje sobre la forma en la que se llevará a cabo el Juicio Final de la humanidad, luego que haya sucedido el fin del mundo. Está por demás decir que el texto Apocalipsis, cuya forma es la del relato de una “visión” (o alucinación), está plagado de simbolismos y oscuridades difíciles de desenmarañar — lenguaje común a todos los textos de carácter profético. Desde este punto de vista, más que tratarse de una revelación, es un escrito que necesita ser develado en sí mismo.

Al interpretar el mito del fin del mundo contenido en el Apocalipsis desde las hipótesis del psicoanálisis, encontramos un contenido latente que nos

permite el acceso “a lo que estaba oculto”: En primer término, en el psiquismo del autor bíblico y, en segundo, a lo que el mito alude en relación a los contenidos del inconsciente universal.

Antes que nada, el Apocalipsis nos describe una gran lucha: la de las potencias del bien (representadas por Dios y su Cordero) contra las fuerzas del mal (simbolizadas por el Dragón y sus esbirros: “la bestia” y el falso profeta). Al término de esta batalla, que será dura y destructiva, sobrevendrá el Juicio Final en el que Dios premiará a los justos y dará eterno castigo a los pecadores.

En otras palabras, el texto es la externalización de un psiquismo disociado y la proyección de un Yo escindido. Es el conflicto de un sujeto en el que el Superyo ha establecido una lucha sin cuartel contra las pulsiones del Ello. Según el texto, no existe ningún tipo de posibilidad de síntesis psíquica en la que se intente la integración de las partes “buenas” y de las “malas” de los objetos y del sujeto mismo.

El hecho de que desde el inicio del escrito San Juan aclare que se trata de un mensaje dictado por Dios del que él es sólo su fiel intérprete, nos habla tanto de la disociación psíquica como del mecanismo proyectivo en virtud del cual la voz escuchada proviene del afuera por lo que a través de alucinaciones auditivas y visuales, el Apóstol recibe el “mensaje de Dios”:

Y me volví a ver la voz que hablaba conmigo: y vuelto, vi siete candeleros de oro; y en medio de los siete candeleros, uno semejante al hijo del hombre [...] (Ibid., I: 10-13).

De esta forma, San Juan va ofreciéndonos la descripción del Dios todopoderoso en su trono, rodeado por 24 ancianos; del libro de Dios cerrado con siete sellos y la paulatina apertura de cada uno de ellos por el Cordero; de los cuatro jinetes y del despliegue en el cielo de las fuerzas de Dios al abrirse el séptimo sello, con la acción de los siete ángeles y las siete trompetas al ir tocando cada una de ellas; las encarnaciones tanto del Hijo de Dios como del Dragón; el anuncio del juicio sobre Roma, la santa cólera sobre esta ciudad, su juicio inapelable, su derrota y, finalmente, el nacimiento de la nueva Jerusalem.

No es casual que la tradición señale que el Apocalipsis haya sido escrito en el interior de una oscura y estrecha cueva, símbolo del útero materno, ya que resulta muy congruente con la intuición psicoanalítica que nos hace pensar en un estado de profunda regresión, de la lucha intrapsíquica y del terror (como la descrita en el texto entre las distintas potencias) y finalmente, del derrumbe psicótico (vivido como fin del mundo). El refugio defensivo en una cueva (útero materno) le permitirá una ulterior reconexión con el mundo, aunque ahora desde una perspectiva delirante y con un pensamiento típico del Proceso Primario.

Las características del texto que encierra La Biblia, cuyo contenido está impregnado de simbolismos y sentidos ocultos, con imágenes y “visiones” primitivas, su “sentido profético” y su aparente incomprensibilidad, hacen que el Apocalipsis pudiera ser visto como relato de un sueño tenido por el discípulo de Cristo durante su destierro en Patmos.

Como vimos, las ideas del fin del mundo y de un juicio final paralelo, tienen que ver con la proyección y externalización del conflicto en el que se dramatiza la difícil relación con una madre-padre primitivo y cruel (como un Superyo arcaico), que somete y castiga sádicamente a un Yo masoquista y sometido. Se trata de una fantasía de tipo pre-edípico, ya que la acción de esta figura primitiva no se ejerce como una típica castración sino a través de la destrucción total del sujeto.

El ataque del Superyo arcaico que provoca la eclosión de una psicosis y la desintegración del mundo interno es proyectado en el afuera mediante la fantasía del fin del mundo. Sin embargo, dada la incapacidad del inconsciente para tener una representación de la muerte propia, este estallamiento del psiquismo —muerte psíquica— es seguida de una fase restitutiva en la que, en un segundo tiempo, se lleva a cabo una reconexión con el mundo externo, consecutiva a una “purificación”, gracias a la cual el mal quedó destruido para siempre.

En la reconexión delirante con el mundo, la escisión del Yo sirve para que el sujeto pueda proyectar todo el “mal” en el afuera, en los demonios y en aquellos que se van al infierno, pudiendo así preservarse al “bien” en el adentro y en los bienaventurados del cielo. La vida eterna, ya sea en el Cielo o en el Infierno, es un delirio cuya función es la de evitar el conflicto ya que, en el nuevo orden, sólo existen la bondad o la maldad absolutas y sin

mezcla. Vencido el mal y sumergidas y proyectadas sus potencias en lo más profundo del inconsciente-infierno, el Yo puede acceder a un estado de elevación beatífica, a esa primerísima estructura psíquica descrita por Freud como el Yo ideal, o el Yo hedónico.

Se trata de la recuperación, en la fantasía, del Yo simbiótico y del sentimiento oceánico con la primera madre y con el todo, es decir, estamos en terrenos del Nirvana y de las pulsiones tanáticas. Es la recuperación del Paraíso Terrenal en el que, ahora, ya no hay serpientes...pero tampoco manzanos.

BIBLIOGRAFIA

- Davaris, D.G. Patmos, *The sacred island*, Athens, trans. by Michael Heath D.D. Ed., 1989.
- Freud, S. Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (“Dementia paranoides”) autobiográficamente descrito, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Madrid, Biblioteca Nueva, 3a ed. Vol. II., 1991, pp. 1487-1528.
- La Santa Biblia*, Sociedades Bíblicas Unidas, Buenos Aires.
- Llarch, J., *El Apocalipsis profético de San Juan*, México, Ed. Roca, 1982.
- Novos, J., *Las Dramáticas Profecías del Apocalipsis*, México, Ed. Posada, 1974.
- Papadopoulos, A., *Monasterio de San Juan Teólogo*, Patmos, trad. de Asiella Kontolatu, Ed. Monasterio de Patmos, 1988.
- Wolley, L. Ur., *La ciudad de los caldeos*, México, trad. de M. Villegas, F.C.E., 2a ed., 1929.